

Habla Raúl Castro Ruz:

"DÉJENME AQUÍ CON NUESTROS MUERTOS Y NUESTRO ESPIRITU DE SACRIFICIO..."



"RODEADO DE NIÑOS..."

Desde que Raúl Castro apareció en las calles de Santiago con su simpática figura y su reducida guardia personal, se ganó la admiración de los mayores y el cariño de los niños. Las dos ocasiones en que vimos al líder de la Sierra Cristal en lugares públicos, se veía rodeado de "fiñes" de todos los tamaños. El jefe militar de Oriente se limitó —en una de las ocasiones— a dejarse abrazar por los chiquillos y murmurar: "Siempre estoy rodeado de niños."

RAÚL CASTRO RUZ es alto y delgado como las palmas mismas que presenciaron sus hazañas en la Sierra Cristal. Con veintiséis años y un color rubio, escásimo en nuestra tierra, Raúl Castro se ha enterrado —desde el primer día del triunfo— en un largo salón del distrito naval desde donde lleva a cabo la estructuración provisional de los cuadros militares en Oriente, vela celosamente la rígida justicia que se imparte a los asesinos del batistato y atiende a cada periodista que ha corrido hasta el heroico Este a recoger la opinión de la segunda figura de la revolución cubana, tan atareada en los problemas de su decisivo cargo que casi se ha mantenido al margen de los microfones y las pantallas perseguidoras de los barbudos.

—Yo no soy artista. Ahora hay que trabajar mucho...

Raúl Castro posee una voz fina

y concreta que suele acompañarse por los gestos exagerados y constantes de sus manos, grandes y musculosas a consecuencia del manejo de pesadas armas. Su largo y lacio pelo es entretenido sobre su cabeza por un gancho que evita la caída hasta los hombros. Una negra boina —como la de sus hombres— aparece centralizada por una estrella que señala su militar graduación. El estirado rostro se ensombrece bajo las patillas y el mentón, por una ligera pelusa que trata de disimular su casi contundente lampiñez. Su figura juvenil, sus armas, su voz y sus gestos dan a Raúl Castro la sensación de ser un niño que ha jugado a los pistoleros —con armas de verdad— y ganó. Sólo la rectitud en el ejercicio de su cargo y su tranquilidad aparente —bien lejana del nerviosismo que no se ha separado de los otros hombres del movimiento— denuncian en Raúl Castro

"Cuando acabemos con el último reducto de la dictadura, habrá que hacer una carga contra los politiqueros y los tiburoncitos". — "Mi candidato presidencial es un programa". — "Es posible que yo muera sentado, pero ni los americanos ¡ni nadie! me verán arrodillado".

por BERNARDO TREJO VIERA

FOTOS DE "PANCHITO" CANO.

al hombre total y perfectamente formado.

La primera pregunta es retrospectiva: el secuestro de los ciudadanos norteamericanos y los rumores que marginaban a Fidel de tal medida.

—Los americanos pretendieron aparentar una división entre Fidel y yo a consecuencia de la Orden Militar número 30. La verdad es otra: cuando aquello, yo no tenía planta de radio para comunicarme con mi hermano, la ayuda americana a Batista se acentuaba y había que frenarla de alguna forma. Un comandante tiene ciertas facultades y yo hice uso de las

mias. Claro que si no hubiéramos encontrado las pruebas concluyentes que sacamos de los archivos de sus oficinas el llamado secuestro habría resultado perjudicial. Pero las fotografías de los aviones de Batista cargando gasolina y los documentos de varias partidas de armas y bombas vendidas al tirano —fotografías y documentos que encontramos como consecuencia de aquella actitud— fueron decisivas en la opinión pública mundial.

Sobre noticias que sitúan a grupos de casquitos y oficiales batistianos alzados en la propia Sierra Maestra:



"¡QUE BIEN SE PORTARON!"

Lidia Castro —la hermana mayor de los "fideles"— no veía a Raúl desde que éste se embarcó en el "Gramma", en noviembre de 1956. Cuando arribó a Santiago —hace unos pocos días— a abrazar a su hermano menor, la emoción la dejó sin palabras. Después pudo comentar nerviosamente: "¡Qué bien se portaron mis hermanitos!"

CONCLUSION EN EL AEROPUERTO

UNAS horas después de terminada esta entrevista, Raúl Castro recibió órdenes para que se presentara inmediatamente en La Habana. En el aeropuerto santiaguero coincidieron nuevamente entrevistado y en tre vis ta dor. Mientras los mecánicos revisaban minuciosamente el avión personal del comandante Castro —“El Viejo Panchito”, que fuera propiedad del empolvado Ta ber ni lla—, Raúl charló brevemente con el enviado especial de BOHEMIA.



—Voy a La Habana por unas pocas horas, pero me reintegraré rápidamente a mi cargo aquí. Hay mucho que hacer...

El Teniente Hilario Peña, el capitán Senén Casas, el comandante “Barbaroja” y otros jóvenes barbudos que comparten la responsabilidad militar al lado del hermano menor de Fidel, atienden con eficiencia los detalles finales del viaje. Surge una pregunta “embotellada” desde el día anterior:

—¿Usted es partidario de una nueva constituyente?

—¡Ni hablar!... Eso es lo que quisieran muchos, porque en nuestra Constitución hay una serie de puntos bien claros y precisos que nunca se han cumplido, pero que trataremos de cumplir.

Con el pie en el estribo:

—Puedes asegurar que si nosotros logramos hacer cumplir fielmente la Constitución de 1940, habremos realizado una verdadera revolución.

—Es imposible subsistir haciendo guerra de guerrillas con una población campesina hostil ¡A sombreros los bajamos de allí! Además, si ellos no se atrevían a subir cuando era su obligación...

Raúl Castro ha sido el hombre más atacado por los norteamericanos en la campaña de prensa que están llevando a cabo contra el fusilamiento de los criminales del pasado régimen. Alguna prensa yankee califica al hermano menor de Fidel como **hombre de izquierda**, duro y sin escrúpulos en la práctica de la justicia. Raúl —al contrario que su hermano— ha tomado a la ligera la acusación del norte.

—Que no se anden metiendo con nosotros y que nos dejen en paz.

Pausa. Su mano izquierda recorre pausadamente el pecho, descubierta por la desabotonada camisa. Mide una frase y la suelta:

—Es posible que yo muera sen-

tado, pero ni los americanos ¡ni nadie! me verán arrodillado. Todas las etapas históricas han tenido su “San Benito” unas veces eran “herejes”, otras fueron calificados —y me remito a la luchas locales— como “viles anexionistas”; ahora llaman “comunista” a todo el que no se preste a sus manejos. Por suerte nadie cree ya en esas acusaciones.

—¿Cuántos fusilamientos se han llevado a cabo en Oriente?

Responde el eficientísimo teniente Peña por Raúl:

—Ciento catorce...

Y Raúl remata la frase:

—¡Y hay que matar como a docientos más! En Cuba se ha hecho una revolución. Las maniobras para sacar de sus tumbas a las momias que corrieron al llamado de Cantillo —tratando de frenar la victoria del pueblo—, fracasaron. Basta leer cualquier ficha de los ajusticiados para comprender las monstruosidades. Los Necolardes



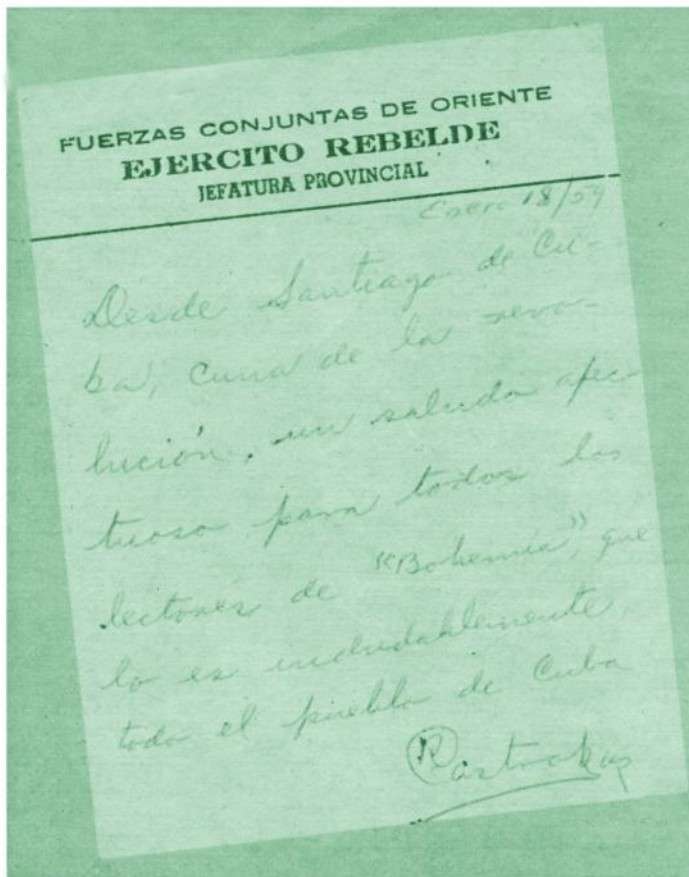
“YO ACEPTO LO QUE ME ORDENEN...”

Raúl Castro redacta unas líneas para los lectores de BOHEMIA. A su lado el entrevistador y el teniente Hilario Peña. Delante, una granada de gases venenosos utilizada por los esbirros uniformados de Batista. “Yo acepto lo que me ordenen —dijo refiriéndose al plazo electoral—, pero creo, sinceramente, que dos años es muy poco tiempo para encauzar el país...”



“MI BODA CON VILMA...”

Para los santiagueros que colaboraron en la revolución, Vilma Espín —hija del cónsul de Francia —fue “Deborah”, la eficientísima revolucionaria que trabajó incansablemente hasta el último día de la lucha. Para Raúl, Vilma fue algo más: la **compañera incansable que solía subir constantemente hasta su trinchera para alentarle** y que permaneció junto a él desde el último Junio. Ahora, en la paz, Raúl y Vilma constituyen una feliz pareja de enamorados que contraerán matrimonio el próximo día 26. “Invita a todo el pueblo a mi boda”, dice alegremente el rebelde oriental.



UN SALUDO DE RAUL CASTRO

De puño y letra de Raúl Castro Ruz, un saludo a todo el pueblo de Cuba. "Enero 18, 1959. Desde Santiago de Cuba, cuna de la revolución, un saludo afectuoso para todos los lectores de BOHEMIA, que lo es indudablemente, todo el pueblo de Cuba. R. Castro Ruz."

—toda una familia de torturadores— empleaban los más terribles métodos. En el patio de su casa se han encontrado cuerpos enterrados hasta con la bicicleta en que iban. Ha aparecido una fotografía de un hijo de siete años de Nescolarde —seguramente con los mismos instintos que su padre—, riendo a la cámara y sosteniendo en cada mano las cabezas mutiladas de jóvenes revolucionarios. ¡Y éstas son las vidas que defienden los americanos! Yo mismo estoy asombrado de los cientos de cadáveres que aparecen cada día en los patios de las cárceles y en fosas hechas por los asesinos de Batista. ¡Ya llegan a muchos miles nuestros muertos!

—¿Usted es partidario de que la incautación de bienes mal habidos se limite a los batistianos o que se extienda a otros gobiernos?

—¡No me metas a mí en ese lío!

Sobre los salvo-conductos que han comenzado a darse a los asilados del régimen de Batista:

—Considero que deben darse salvo-conductos a los políticos asilados en las embajadas. Pero considero —desde un punto de vista personal— que a hombres tan responsables, tan ladrones y tan asesinos como Eusebio Mujal no debería permitírseles que salgan del país sin recibir justicia por sus crímenes.

—¿No cree que es mucho tiempo dos años para celebrar elecciones?

—Yo acepto lo que me ordenen, pero creo, sinceramente, que dos años es muy poco tiempo para encauzar el país después de la terrible dictadura que acaba de sufrir.

—¿Ya tiene usted candidato presidencial?

—Mi candidato presidencial es un programa. Por ahora, como dijo Fidel, "hay que dedicarse al trabajo honrado con el mismo espíritu de sacrificio que nos llevó a las montañas".

Raúl vuelve a la pregunta sobre las elecciones:

—Desde luego, si este gobierno no responde a los intereses populares, que se vaya enseguida.

Raúl se ha mantenido al margen de los honores tributados por el pueblo a sus libertadores. Su ausencia se nota en todos los actos populares en que se ve a Fidel, Urrutia, Cienfuegos, Guevara y otros.

—Que me dejen aquí con nuestros muertos y nuestro espíritu de sacrificio. Con las heroicas madres orientales y con la pureza que el uso constante de los sacrificios en aras de la patria ha convertido en una hermosa realidad. No practicamos ningún tipo de regionalismo. Como dijo Fidel: "Cuba es una e indivisible", pero siendo Oriente la provincia más sacrificada y que más sufrió las consecuencias de la guerra, también debe ser la primera en la exigencia del cumplimiento del deber. Si Oriente fue la cuna de la libertad, aspiramos a que se convierta en el baluarte más firme de la revolución con

su cadena de ciudades heroicas encabezadas por Santiago, tan revolucionaria como sufrida...

Un ayudante le recuerda que otras ciudades orientales han aportado mucho a la revolución. Raúl responde a su soldado sin mirar al reportero:

—No se puede negar que Santiago llevó el compás en esta conquista... —Y mueve el cuerpo rítmicamente.

El hermano menor de Fidel vuelve a su tono serio y acusador:

—Si de algo nos alegramos que Santiago haya durado poco como capital, ha sido porque los políticos, arribistas y manengues no tuvieron tiempo de invadirnos. Para lo único que sirvió el 10 de marzo fue para barrer con los políticos que se desinflaron.

Raúl habla apresuradamente. El

entrevistador hace correr el bolígrafo sobre el papel y en algunas ocasiones el comandante oriental tiene que repetir la frase. Recarga su espíritu antirregionalista, pero insiste:

—Cualquier día los orientales nos vamos a poner bravos y vamos a acabar con los camajanes de La Habana. Aquí se puede hacer una manifestación monstruosa citando, solamente, a las madres de nuestros caídos. En toda Cuba, sin embargo, ya se olfatea la podredumbre política que pretende aflojar en La Habana. Te repito: que me dejen aquí con nuestros muertos y nuestro espíritu de sacrificio.

—¿Acatará y seguirá a Fidel por motivos filiales aunque éste se equivocara en el cumplimiento de

(Continúa en la Pág. 106)



"NUESTROS MUERTOS VIVEN"

El pasado domingo todo el pueblo santiaguero desfiló respetuosamente por las principales calles hasta el cementerio de Santa Efigenia para rendir tributo a los caídos en la lucha contra la tiranía. Monseñor Pérez Serantes— habituado un poco a las flexibilidades políticas de su sacro ministerio—, acudió al respetuoso acto. Delante de la procesión, una tela señalaba lo que fue consigna del acto: "Nuestros muertos viven".